

SANTO TOMÁS DE AQUINO Y LA MUERTE

Luis Vivanco Saavedra¹

Resumen

Este ensayo expone unas reflexiones exploratorias sobre el tema de la muerte y cómo era pensada por Santo Tomás de Aquino. Aparte de ideas propias e ideas actuales sobre el tema, se dialoga con las ideas que tenía el aquinate sobre la muerte. Se resaltan cuestiones como la de que la muerte, lejos de ser un asunto impensable, es más bien un asunto difícil de pensar, pero puede llegar a ser pensado exhaustivamente, si se le corta por sus aristas más captables. De tal pensar no queda tanto un saber sobre la muerte, como un saber sobre la vida misma.

Palabras clave: Concepto de Muerte, Santo Tomás de Aquino

¹ Catedrático de la Universidad del Zulia. Maracaibo – Venezuela.

SAINT THOMAS AQUINAS AND DEATH

*Luis Vivanco Saavedra*²

Abstract

This essay displays some exploratory reflections on the topic of death and how it was thought by Saint Thomas Aquinas. Besides some of our own ideas about death, the text goes on like a dialogue with Aquinas' ideas about death. Some aspects of this topic are outlined, such as this: death, far from being an unthinkable matter, it's a topic hard to think, but one that can be thought thoroughly, if taken on its more comprehensive features. Of such thought what is left is not so much a knowledge about death, but more like a knowledge about life itself.

Key Words: Concept of Death, Saint Thomas Aquinas

² Catedrático de la Universidad del Zulia. Maracaibo – Venezuela.

Textos y autores coinciden en repetir que Santo Tomás no dedicó ningún tratado particular sobre la muerte. Al mismo tiempo, como hombre inteligente y de amplios intereses, trató sobre la muerte muchas veces en varios textos. Un asunto inicial entonces, en la consideración del tema sobre Santo Tomás y la muerte, es el de preguntarnos cómo habla él de ella, desde que punto de vista la trata, cual enfoque da al tema o problema de la muerte.

La primera impresión que me da ese autor con respecto a su tratamiento sobre el tema en cuestión, es que lo hace de una manera “técnica”, es decir, considera ese asunto como se podría considerar una pieza de un rompecabezas, que podría lucir sin sentido e inexplicable para alguien que no tenga idea del resto del rompecabezas, pero que puede cobrar todo sentido para quien la ve como la pieza que falta para hacer real una imagen. La muerte, en este sentido, es como parte de un sistema que “funciona” coherentemente, y esa sería a mi juicio la presunción racional presente en el pensamiento del aquinatense.

Uno de los autores que hemos consultado en esto nos dice que el aquinatense nos da unas “definiciones dispersas” a lo largo de su obra, con respecto a la muerte. Y a pesar de ese carácter de dispersión, esas definiciones nos dan un análisis que “arroja poderosa luz sobre la naturaleza de este acontecimiento inevitable a toda vida humana”³

A tal respecto, una de las consideraciones que hace Santo Tomás acerca de la muerte es en torno al problema de la separación del alma del cuerpo (y por ende, derivada de la experiencia común de la vida corriente). Una cosa de muchas interesantes que se plantea con respecto a esta cuestión es que se trata de un asunto *temporal*, es decir, referido al tiempo, en cuanto que está relacionado con un *momento* especial de la existencia, que es justamente cuando ésta se va a cortar: cuando se aproxima el advenimiento de la muerte. Y una de las cosas que estaría implicada en las afirmaciones del aquinatense es que, en ese instante de la separación entre alma y cuerpo, la primera es más enteramente libre y responsable, con pleno o máximo conocimiento y conciencia.

³ Mateo-Seco, 1.

Esto planteaba de paso que toda muerte, “incluso la de los no nacidos”, es consciente. Es una tesis interesante aunque extraña, porque es difícil imaginar una tal consciencia tan certera en los primeros niveles de la infancia, y mucho menos en un niño en el vientre de su madre.

Empero, se puede estar claro que la muerte puede ser un acto consciente. El asunto es si puede serlo en el nivel de los seres como se plantea arriba, abarcando inclusive en un niño no nacido.

En todo caso, podemos pensar⁴ que la muerte no solo es un “acto plenamente consciente y de categoría distinta a todos los actos realizados durante la vida”, sino que “en sí misma es realización del hombre”. Por mi parte creo que hay verdad en esto último: la muerte es un acto completamente diferente de los demás actos de la vida, un acto *radicalmente otro*, y los actos que más se le asemejan, como el dormir o perder el sentido, carecen del carácter taxativo, inexorable, *definitivo*, del morir. El morir, la muerte, es tal tajante separación de la vida, que se levanta como una pared que nos impide saber nada de lo que está al otro lado de ella. Es como si quisiera negarnos de plano una trascendencia cognoscitiva de ese *más allá* de la vida, el *más allá* que está justamente del lado de la muerte.

Y es además una separación tajante que permite, paradójicamente, una ejecución particular de la libertad: no podemos ser libres para librarnos de la muerte en sí, pero podemos ser libres para recibirla de buena manera. En ese sentido, la muerte permite una libertad moral, una libertad formativa, porque para ejecutar ese acto de recepción buena, hay que estar formados o formarse (lo que también antiguamente se decía como de “estar preparado para morir”). Karl Rahner, que también ha escrito sobre este tema⁵ nos habla de que “la muerte es, por propia naturaleza, la autocompleción personal (*personale Selbstvollendung*) [...] el lugar ópticamente privilegiado de concienciación y

⁴ A partir de las elaboraciones de P. Glorieux en un importante artículo: “Endurcissement final et grâces dernières”, publicado en *Nouvelle Revue Theologique*, diciembre de 1932, pp. 865-892.

⁵ K. RAHNER, *Zur Theologie des Todes*, Friburgo 1958,

libertad”. Pero es de tal grave y radical naturaleza la muerte, que sucede con ella algo parecido a lo que plantea San Agustín con respecto a algunos actos importantes de la vida, que cuando son considerados desde el tiempo (el tiempo anterior o el tiempo posterior), contribuyen no solo a formarnos, sino, de manera cognitiva, a hacernos ver, hacernos entender, por qué era necesario y conveniente que hiciéramos lo que nos planteábamos como obligación cuando tratábamos de formarnos “para la muerte”. Esto de ver momentos de la vida “de lejos” se parece a cuando uno camina por el campo, y hay un hito lejano que sirve para orientar hacia donde tenemos que ir. En cada paso de nuestro caminar, volvemos a alzar la vista, y vemos el hito, que se acerca a medida que nuestros pasos acortan la lejanía. Todo nuestro caminar tiene el *sentido* de ir en pos de ese hito, y por eso es un hito que guía, orienta. Inclusive cuando no pareciera hacer eso consciente o expresamente. Y el sentido de ese hito que orienta es justamente enderezar y guiar nuestros pasos.

Antaño aprendí a morir. Ahora aprenderé a vivir

LEONARDO DA VINCI

Porque, en cierto modo, todo lo que se relaciona con la muerte se relaciona con la vida: hablar de la una es hablar de la otra. No son cuestiones tan antinómicas, sino áreas diferentes de una continuidad. Formarse para la muerte implica formarse para la vida, como aquello que por necesidad justamente antecede a la muerte. En ese sentido, a veces se dice, a nivel coloquial, que para estar preparados para la muerte no hace falta tanto pensar en la muerte, sino vivir plenamente y con sentido la existencia, que si eso hacemos, ya la muerte de alguna manera se resuelve como una interrupción que hasta puede ser lamentable, pero que, si se ha de dar, lo hace lanzándonos del mejor modo hacia lo que es ella. Dicho jocosamente –y no veo por qué deba siempre estar ausente lo jocosamente de esta cuestión– si hay que lanzarse de un precipicio, hay muchas formas de hacerlo: trágicamente, ridículamente, y aun gloriosamente. Se trata entonces de hacerlo de la mejor manera. Y la mejor manera se establece justamente viviendo bien. Y una de las formas en que se vive

bien es respondiendo siempre por uno mismo ante un destino. Un decir “aquí estoy”, que no necesariamente significa que hemos hecho la tarea con la máxima calificación, o inclusive que la hayamos hecho muy bien. Es bien posible que lo que hayamos hecho en la vida sea en general bastante mediocre (salvo algunos especialmente malos y otros especialmente buenos, la mayoría de la humanidad andamos en esta tibieza ‘regular’...). El asunto sería estar claro en eso y responder por eso, y asumir con gallardía ese destino, y no llegar al momento de la muerte como se dice que llega una gran cantidad de personas, renegando y quejándose de que la vida les traicionó o les jugó mal, o que la vida no fue justa, que no hicieron el negocio que querían hacer, o no se casaron con la chica que verdaderamente amaban, no emigraron al país que querían, no tomaron la carrera que deseaban, etc. Tales personas mueren con ese resentimiento, de una manera que me parece por lo menos irresponsable y ciertamente inmadura.

Lo acabado de decir parece presuntuoso, porque supondría que yo estoy prescribiendo un modo como se debiera morir. Pero solo estoy expresando consecuencias razonables y razonamientos simples con respecto a esta cuestión, la cual, a mi juicio, muestra una disyuntiva: hay al menos dos modos de morir: satisfecho e insatisfecho. Lo de “insatisfecho” se comprende al punto, quizá porque morimos como vivimos, y es un hecho que la mayoría de las personas viven insatisfechas (lo cual no es la mala noticia que algunos podrían pensar: de tal insatisfacción a veces brota como respuesta una rebeldía que impulsa a una creatividad que ha dado a la humanidad grandes descubrimientos y maravillas). En realidad, la primera palabra, “satisfecho”, aunque corresponde correctamente como opuesta a “insatisfecho”, tampoco me sabe bien, como no lo hacen palabras como “contento” o “feliz”, ni mucho menos “resignado” o “sereno”. Esas cosas pueden estar presentes, pero no me dan la idea de cómo al menos quisiera yo morir.

Lo que dice Rahner quizá pueda dar mejor pista al respecto. Él nos habla de “autocompleción personal”, es decir, estar completo o completarse uno a sí mismo. Y eso luce mucho más razonable y accesible, pero además, coherente. Porque la muerte es, entre otras cosas, un *final*, y a lo que se aspira en muchos finales es a una *completación* de lo que finaliza. Un ejemplo de algo

contrario quizá pueda aclarar esto. Si resulta que nos ponemos a leer una novela muy interesante, y le faltan las últimas treinta páginas, es verdad que la lectura tiene que terminar en esa última página en que quedamos, pero de ninguna manera “completamos” la lectura. Hubo final, algo que se acabó, pero no hubo término de lo que veníamos siguiendo. O si vamos a un concierto y oímos una sinfonía que es en cuatro movimientos, y nos salimos cuando todavía está en el tercer movimiento. Hubo un final para nuestra estadía en el concierto, pero no se completó nuestra audición. Se perdió parte del sentido de estar allí. El sentido de asumir la propia muerte estaría entonces también en querer que ésta sea una suerte de ‘completación’ nuestra también. La culminación de una aventura, de un capítulo, una etapa. *Algo que se cierra completo*, al menos para la cuenta del mundo (la postrimería ya sería otra cosa, a cargo de Dios, su juicio, y su misericordia). Y en el esfuerzo de hacer ese algo, esa etapa, ese capítulo con cierre completo y magistral, se expresa no solo nuestra formación, sino nuestra libertad en una de sus mejores muestras.

Sin embargo, hay recelos con toda esta actitud, tan moral o estoica ante la muerte. Podría pensarse que, en una concepción elevada de la naturaleza humana –quizá innaturalmente elevada– se concibe a las personas más como espíritus que como simples seres de carne y hueso. El ideal de una muerte bella o ejemplar, que estuvo tan en boga durante el siglo XVIII (cuando se registraron tantos relatos *edificantes* de muertes de famosos como Johnson, Hume, y otros) tiene algo de artificial. Es como si se estuviera muriendo (y viviendo previamente a la muerte) bajo las cámaras de una película sobre nuestra vida. Falta allí la profundidad de una pobreza, la realidad de una sencillez y de una tristeza que son el patrimonio de toda muerte. Se ve la muerte con mucha espiritualidad, como si fueran espíritus, almas, quienes están muriendo. Y son personas, seres humanos, no simplemente almas (pues de hecho, las almas como tales no podrían morir). Ello entraña cierta contradicción y aún cierta mentira en todo este asunto de la “muerte ejemplar”. No digo con esto que no haya muertes ejemplares: las ha habido y muchas. Pero hay que tener cuidado con terminar esta vida haciendo un acto para beneficio de la posteridad. Ello puede ser inspirador. Recuerdo cuando niño, que leí en el

colegio sobre la muerte del emperador Nerva, que estaba muy debilitado en su final, pero en sus últimos segundos en este mundo se incorporó de su lecho de enfermo y dijo: “Un emperador debe morir de pie”. Eso me ha inspirado toda la vida. Aun si fue un acto un poco artificial, o forzado, o aun ridículo. Algo así puede inspirar la vida. Es “una bella muerte”, o como dicen los italianos, *un bel morir qui tutta*

Mas, a decir verdad, no está claro cómo hay que morir. Las recomendaciones de la religión son una cosa, pero el ánimo es libre para sentirse melancólico o abatido o inclusive molesto por todo este asunto. Morir es un trabajo difícil. Y muy poco nos ayuda en este camino, siempre solitario, de la propia muerte.

LAS DEFINICIONES DEL AQUINATENSE

Veamos algunas de las definiciones que nos da Santo Tomás con respecto al tema de la muerte. Una de las primeras cosas que nos dice es muy sencilla, pero de ninguna manera trivial: la muerte aparece como pérdida de la vida. En un segundo aspecto, nos dice que la muerte es la separación del alma y el cuerpo. Habría una correlación entre ambas definiciones. La *vida* que se pierde en la primera, es el *alma* que se separa en la segunda.⁶

Esta aliteración de la muerte con el cuerpo es curiosa, porque relaciona a la muerte con lo sensible y la materia. La materia de nuestro cuerpo, ya estando vivos, reacciona a la voluntad y deseos del alma, que le impone al cuerpo lo que ha de hacer, adonde ha de ir, y como moverse. Pero tan pronto el alma y sus partes (como la consciencia) están más inactivas, como cuando dormimos, el cuerpo asume precisamente la actitud que podría asumir en una suave muerte. Por otro lado, los mismos procesos de la muerte de incontables

⁶ Recuérdese al respecto que esa correlación también se observa en los mismos vocablos con que se nombran tanto la vida como el alma en algunas lenguas antiguas. Nuestra palabra *alma* viene justamente de *anima*, de donde procede también el verbo *animar*, y el sustantivo *animación*, que designan uno de los rasgos característicos de la vida.

personas nos muestran como experiencia común de ese trance que esas personas (= su ánimo, su voluntad, su carácter) desean vivir, seguir viviendo, pero sus cuerpos, sobre todo cuando están enfermos o cansados, desean ya el descanso y liberación de la muerte: que no sigan los músculos su agitación, ni el corazón su latir, ni el pecho su respirar. Desea el cuerpo su detención. Esa detención radical que es la muerte.

Volviendo a Santo Tomás, de lo dicho con respecto a este tema por él se derivan algunas consecuencias. Si la muerte es “privación de vida”, ello indica que la vida es más que la muerte, más perfecta que ella. La muerte sería defecto, algo que falta. Así como llamamos ciego a quien carece de vista, al humano que carece de vida lo llamamos muerto. La vida, como tal vida, es algo completo en sí, y más que la muerte. Esto choca con lo que se decía antes de la muerte como completación de la vida. Y es que, como decíamos hace unos párrafos, *terminar* algo no significa *completar* ese algo. Parecería que existe un “buen término” a muchas cosas que transcurren temporalmente, entre ellas la misma vida humana. Morir a los 78 u 87 años no luce un mal término. Pero morir a los 18 o a los 26 sí. Y se dice: “Tenía toda una vida por vivir”. Pero hay algo de absurdo en ello: ese joven nunca *tuvo* toda esa vida. Tuvo toda la vida que vivió hasta que la muerte la truncó. Unos viven más, otros menos. Pero lo paradójico es que el tiempo transcurre igual, un segundo a la vez, para todos. Algunos recorridos humanos parecen más terminados que otros. A veces pensamos que ciertas personas han debido haberse muerto mucho antes de lo que lo hacen, porque se convierten en peso o molestia para los demás, son un sacrificio. Pero quizá eso es lo que nos regala la existencia en esas personas: la ocasión de obrar un *acto sagrado* (que es lo que significa *sacrificio*). Pero estamos tan negados a esa idea, que la misma palabra “sacrificio” nos suena a fastidio e incordio.

Santo Tomás cuando hace consideraciones como las señaladas se refiere a todo ser vivo, no solo al hombre. Y por eso, cuando habla de la naturaleza, nos dice que ella se complace en la vida y rechaza la muerte. Pero aquí también habría cierta contradicción, a menos que podamos pensar que la naturaleza quiere estar contra ella misma. Porque la muerte como tal —el fin de los procesos naturales— es algo que está inscrito en la naturaleza. Es parte de

lo que son las cosas vivas. Las cosas vivas se distinguen justamente de las no vivas (como una roca, por ejemplo), porque, siendo vivas, pueden morir, y *van* a morir. La naturaleza, a lo más, trata de resistirse a la muerte, trata de potenciar y apoyar la vida. Pero la muerte está en ella como una necesidad. No es algo extraño, postizo, añadido a lo vivo. No: ella está inserta, inscrita, en lo vivo, como elemento diríase sustancial de ello.

Otra tercera forma de considerar el aquinate la muerte sería desde una instancia moral, y en ese sentido, la muerte es una ‘pena’ (en el sentido de castigo), y es ‘mala’. La muerte es además “la máxima imperfección”, y no solo priva al ser de una de sus formas de ser, que es el acto, sino que lo priva del ser mismo: el muerto *no es*. Un muerto es algo que no es; no es lo que era antes de morir. El sentido que debía tener, que debía acompañarle, como *ser*, lo ha perdido.

También nos dice Santo Tomás que la muerte es un *no-ser* al ser considerada como un mal, puesto que el mal mismo es un “non ens”. Y esto explica por qué no se la puede conocer bien, pues solo puede conocerse bien aquello que es, mientras que aquello que no es, no presenta nada para el análisis *positivo* de sus cualidades. Si se nos dice “Juan es ingeniero”, eso es algo: una afirmación que conecta a Juan con algo que sería el conjunto de los ingenieros. Pero si se nos dice “Pedro no es médico”, así sea ello verdad, no se nos dice nada concreto. Se desconecta a Pedro de un posible conjunto de los médicos, pero *no se lo conecta con nada más*.

Más curiosamente suena el aquinate cuando conecta a la muerte con otras categorías aristotélicas clásicas. Nos dice, por ejemplo, que la muerte carece de causa formal, y también de causa final, así como de causa eficiente, y le asigna causa meramente deficiente. Todas estas calificaciones negativas, aunque aclaran en mucho como “funciona” la muerte, hacen difícil concebirla como cosa en sí. Él la llega a llamar *Passio maxime involuntaria*. Y quizá la última palabra, ese adjetivo *involuntaria*, sea el elemento más fatal con respecto a la muerte.

Otro aspecto importante a tener en cuenta con respecto a las consideraciones de Santo Tomás acerca de la muerte, tiene que ver con algo muy evidente pero que no está de más resaltar: su visión sobre el tema es no solo

filosófica sino también teológica. De allí que, en algún momento, el tema se divide, y en un sentido habla de la muerte de los hombres y en otro de la muerte de Cristo. Y es que hay diferencias importantes entre unos y otro. Él ha destacado la cuestión involuntaria de la muerte, como hemos visto antes. Pero en el caso de Cristo, éste mismo destacó que nadie tomaba la vida de él, sino que él la entregaba porque quería hacerlo.⁷ La muerte de Cristo tiene un sentido especial diferente de la muerte de cualquier otro hombre. En este sentido, en una obra admirable, *Vida de Cristo*, el obispo Fulton Sheen nos insiste al comienzo de la misma en este principio: *cualquier otra persona vino a este mundo para vivir, mientras que Él vino para morir*. El sentido de la muerte de Cristo es justamente que Dios venga a morir por nosotros, y que venza la muerte con su resurrección. Sheen destaca que la muerte fue un tropiezo para Sócrates, (y quizá algo parecido podría decirse con respecto a muchísimas otras figuras magistrales de la historia) pero para Cristo la muerte fue la meta de su misión, y él lo dijo más de una vez, antes de morir y después también.

PARA CONCLUIR

Las ideas de Santo Tomás de Aquino sobre la muerte aplican, como hemos visto, varias de las categorías aristotélicas (causa eficiente, causa formal, causa material, etc.) al tratamiento de un problema humano que además es un problema teológico. En el caso de la teología, es importante lo señalado con respecto a la distinción de la muerte en Cristo y la muerte en el resto de los humanos.

Las preguntas que uno podría hacerse con respecto a lo que santo Tomás de Aquino piensa acerca de la muerte son muchas, pero algunas de las más elementales serían: ¿En qué difiere su pensamiento de los anteriores con respecto a ese tema? (por ejemplo, en qué difiere del pensamiento de San Agustín en eso). ¿Desde qué punto de vista trata el tema? (racional, teológico, existencial, moral, etc.) y ¿Cuáles son algunas de las conclusiones pertinentes

⁷ Jn 10, 18: “Nemo a me tollit animam meam, sed ego pono eam”.

acerca de dicho tema? Y muy importante: ¿Qué pensamos de su tratamiento a ese tema? ¿Haríamos un tratamiento así de otros temas parecidos o distintos? ¿Por qué? Y si no lo hiciera así, ¿Cuál sería la razón para esa negativa? Etc. Dejo pues aquí el tema, apenas tocado, pero más hollado para poder entrar a ararlo con preguntas, entrar a pensarlo con suficientes elementos para poder equivocarnos y esforzarnos en el camino a una desequivocación, o si fuéramos tan felices, alcanzar una corrección en esto. Pues solo empezando a hacer el trabajo es como se revela la utilidad de las herramientas que usamos en el mismo. Y llegado un momento, es posible que muchas de esas herramientas, conceptuales, sensitivas, racionales, las echemos por la borda, para ensayar o intentar otro tipo de aprehensión más genuina y auténtica. Quizá el momento en que mejor conoceremos sobre la muerte, será en el acaecimiento de nuestra propia muerte. Puede que sea un breve momento, y eso parecería incomodar la idea de un buen conocimiento, una satisfactoria experiencia con respecto a algo. Pero en realidad ese breve momento es suficiente para la muerte. Más allá de que las palabras que expresan lo que algo es y los hechos que nos hacen saber lo que algo es sean muchos o pocos, lo importante es que sean suficientes.